

Comentarios a la reseña de J. García Carrasco sobre *Esperando no se sabe qué. Sobre el oficio de profesor*.

Agradezco la reseña de Joaquín García Carrasco del *Esperando no se sabe qué* (Barcelona: Candaya), tan generosa. Aprovecho para agradecer la que Fernando Bárcena hizo en el vol. 31, n.º 1 (2019) de esta misma revista de mi *P de profesor* (Buenos Aires: Noveduc). Me tomo la licencia de comunicar a las y los colegas que puedan estar interesados la publicación del libro que cierra lo que llamo Trilogía del Oficio: *El profesor artesano* (Barcelona: Laertes). Y paso enseguida a añadir una pequeña apostilla a las dos reflexiones que quedaron «revoloteando en la cabeza» de Joaquín después de una lectura hecha, como no podía ser de otra manera, desde su «personal posición».

Elaboraré mi apostilla a partir del libro de David Olson que tan oportunamente cita, *El mundo sobre el papel* (Buenos Aires: Gedisa). Mi libro, en efecto, parte de la forma y la materialidad de ese extraño artificio que aún nombramos con una palabra griega, la escuela, esa institución que, en un artículo reciente (*Bordón*, vol. 70, n.º 1, 2018), Joaquín relaciona con la extensión de la escritura y con la invención de esa insólita forma de relación con el texto que aún llamamos estudio (sobre el estudio como categoría pedagógica puede verse el monográfico incluido en esta misma revista, vol. 31, n.º 2, 2019). Además, en su último libro (*Así somos los humanos*. Salamanca: FahrenHouse) y citando esta vez a Walter Ong (*Oralidad y escritura*. México: FCE), García

Carrasco dice que, tras la invención de la escritura, la educación ya no se efectúa solo en (y por) la experiencia, sino en (y por) la investigación y en (y por) el estudio que pasan a ser, por tanto, conceptos pedagógicos fundamentales (p. 13).

Desde este punto de partida, me parece claro que Joaquín y yo compartimos la idea de que la escuela (la educación escolar, ejercida por profesores) implica una relación con un mundo no vivido sino representado, es decir, convertido en materia de estudio. En la escuela el mundo está sobre el papel (o en la pizarra, o en las imágenes que cuelgan de sus paredes o que ilustran ese tipo particular de libros que son los libros de texto). En ese sentido, la escuela (insisto: esa institución que no tiene nada de natural, ese artificio) implica una cierta suspensión de la experiencia directa o, dicho de otro modo, una determinada manera de poner el mundo a distancia.

Desde ahí, la definición de «profesor» del arabista Julián Ribera, esa que cita Joaquín en la pág. 23 de su libro y en la que se llama pedagogo o profesor «al que enseña un arte sin ejercerlo o, aunque lo ejerza, no lo enseña ejerciéndolo», adquiere un significado propiamente escolar y no se reduce, como se acostumbra a decir, a una crítica más a «las imposturas» de la pedagogía. Los escolares (los profesores y los estudiantes) no son como los maestros y los aprendices de los gremios artesanos (allí donde se enseñaban los oficios ejerciéndolos, en el mismo lugar de trabajo). La escuela está separada de la producción (aunque esté

relacionada con ella), y el profesor no es el que enseña un arte para su aprendizaje sino el que dispone una materia para la práctica y el estudio.

Lo que le queda a Joaquín «revoloteando en la cabeza» es, en primer lugar, que en mi libro, hay un privilegio del «estudio de las letras» y no aparece, al menos explícitamente, el profesor de ciencias. Es verdad que cada uno lleva el agua a su molino (a lo que conoce mejor) y que todos estamos presos de nuestras propias limitaciones. Pero es claro que, en la escuela, también la ciencia está «sobre el papel» en tanto que ha sido formalizada e inscrita en un soporte material extracorporal. La escuela (y la investigación, y el estudio) depende de la existencia de tecnologías de exteriorización de la memoria (y, por tanto, de los saberes acumulados). Una exteriorización que es también una publicación (un hacer público) o, como algunos preferimos decir, una comunización (un poner en común) y una desprivatización. En la escuela las ciencias y las técnicas (las artes de hacer) son también materias de estudio y el conocimiento no se transmite por iniciación, de cuerpo a cuerpo, sino por instrucción, por la mediación de la escritura (en sentido amplio) que hace posible su materialización y su espacialización. La escuela es posible porque el mundo está, de alguna forma, gramatizado.

Es verdad que en la sección «Maneras de hacer clase» del *Esperando no se sabe qué* aparecen sobre todo «profesores de letras», pero en las distintas secciones de *El profesor artesano* se encontrarán profesores de cine, de matemáticas, de

dibujo, de música, de lenguas clásicas, de ciencias o de arquitectura.

En segundo lugar, Joaquín utiliza la bella imagen de un profesor mirando por la ventana del aula para decirnos que lo que ve, o lo que tendría que empezar a ver, no es solo la ciudad (la sociedad, que diríamos ahora, o la cultura), el mundo de los hombres en definitiva, sino también la Naturaleza, la Tierra, los Seres Vivos (palabras que escribe con mayúsculas, como monumentalizándolas). Y aquí no puedo sino darle la razón. Siguiendo a Hannah Arendt, en mi libro la tarea de la escuela consiste, fundamentalmente, en la transmisión y la renovación del mundo. Como se sabe, para Arendt, la palabra «mundo» significa «cultura». En *La condición humana*, por ejemplo, dice que los hombres «viven en la Tierra y habitan el mundo». Para Arendt el hombre es un animal mundano que no solo vive sino que habita, que no es solo *zoé* (vida desnuda) sino también *biós* (biografía), que no solo tiene un «entorno» o un «ambiente» vital, sino un «mundo» cultural.

También para Joaquín la educación es humanización a través de la cultura. Una de las cosas más interesantes de sus planteamientos sobre educación es que no desgaja la cultura ni de la biología, ni de la psicología, ni de la sociedad, ni del cuerpo. No la separa, en definitiva (como sí hace Arendt a veces), de la vida. Y me parece que la nueva conciencia ecológica (una transformación radical de las maneras de entender la relación del hombre con la naturaleza —y consigo mismo como naturaleza) permite que la Tierra se convierta en Mundo o, de otro

modo, que el Mundo incluya la Tierra y no pueda separarse de ella. Por primera vez la autoconciencia humana nos hace «terrestres», una condición que no nos separa de la naturaleza ni de los otros seres de la Tierra. Para nosotros, la humanización no puede pensarse solo como socialización o como aculturación (en el sentido clásico) sino como un cierto «aterrizar». Y no deja de ser interesante que el último libro traducido de Bruno Latour (*Dónde aterrizar*, Barcelona: Taurus) hable de la educación desde la necesidad de un «aprender a aterrizar».

Pero lo interesante, me parece, es que el mundo, para Arendt, es lo que aparece «entre» los hombres y, por tanto, aquello que hay que «presentar» a los niños y a los jóvenes (a los nuevos) para desarrollar en torno a él el interés y la atención, claro, pero también la palabra, el juicio y el pensamiento. El mundo no es solo eso en lo que estamos, sino eso que nos concierne. Y que nos concierne, de algún modo, a todos. De ahí que la educación, como dice Arendt al final de su famoso texto, sea preparar a nuestros hijos «para la tarea de renovar un mundo común».

Lo que ha ocurrido ahora, y de una manera dramática, es que la Tierra se nos ha convertido en nuestra casa común; que la Tierra no solo es el ámbito del vivir sino también del habitar; y que el cuidado de la Tierra se nos ha convertido en el lugar primordial de nuestra responsabilidad con las nuevas generaciones. En ese sentido, creo que podemos continuar

diciendo que el oficio de profesor tiene que ver con la transmisión, la comunicación y la renovación del mundo (con un tomar responsabilidad por el mundo transmitiéndoselo a los venideros), pero tenemos que redefinir sustancialmente qué entendemos por «mundo».

Jan Masschelein, en un artículo reciente (*Educational Theory*, vol. 69, n.º 2, 2019), cita una conferencia en la que Bruno Latour hablaba de la necesidad de una escuela (y de una universidad) neo-humboldtiana. Pero no por Wilhelm von Humboldt (el teórico de la *Bildung*, de la formación) sino por su hermano Alexander (el naturalista y viajero). Decía Latour que las ciencias están empezando a descubrir y describir de nuevo (y de otro modo) la Tierra. Pero que eso no puede hacerse sin redescubrir y redescubrir nuestra condición de terrestres. Y para eso, creo, hace falta una nueva *Bildung* o, en términos de Joaquín, una nueva «humanización».

Tal vez el sesgo de mi libro lo coloque más cerca de Wilhelm (el humanista). Tal vez el profesor García Carrasco esté más cerca de Alexander (el científico). Ambos somos, de diferentes formas, neo-humboldtianos. Todo se juega en qué es lo que «ve» un profesor cuando mira por la ventana. Y en cómo lleva «eso que ve» a la sala de aula poniéndolo sobre el papel y convirtiéndolo en materia de estudio.

Jorge Larrosa
Universidad de Barcelona